



WORLD
WARCRAFT
LEGION

BLIZZARD ENTERTAINMENT

Mil años de guerra

De Robert Brooks

Primera parte: Dos luces brillantes

Turalyon estaba solo, inmóvil, contemplando en silencio la muerte de un mundo.

Habían pasado unas horas desde que se sellara el Portal Oscuro. Las tierras de Draenor se derrumbaban. Los continentes se resquebrajaban. Los océanos se agitaban y hervían con furia. Trozos enormes de tierra salían despedidos y quedaban allí suspendidos, girando lentamente, como si no quisieran volver a bajar. La realidad misma estaba fragmentándose.

Turalyon estaba tranquilo. No tenía miedo. La Luz lo acompañaba. Incluso aquí, en este extraño lugar.

Esto no era Draenor.

Parecía Draenor, pero él no estaba realmente allí. Las rojas planicies agrietadas de la Península del Fuego Infernal se extendían a sus pies, sí, pero no estaba realmente allí. A la distancia divisaba la improvisada base de la Alianza, Bastión del Honor, que resistía los temblores y terremotos.

Y aun así, él no estaba realmente allí.

Desde luego, Turalyon *había* estado allí. Pocas horas antes, había estado peleando por su vida allí. La Península del Fuego Infernal estaba repleta de orcos, soldados de la Alianza, máquinas de guerra destruidas, cadáveres de los caídos, armas desechadas y otros restos de batalla.

Ahora no veía nada de eso. No había indicios de ninguna batalla. Solo un terreno vacío y muerto lo rodeaba. Se le ofrecía una vista de la destrucción de Draenor... pero no, *no estaba realmente allí*.

Estaba en otro reino, uno que no conocía. Los cielos eran oscuros, arremolinados, repletos de poderes extraños y en conflicto. Podía ver mundos enteros suspendidos a la distancia; parecía que estaban tan cerca que podía tocarlos, pero en realidad estaban increíblemente lejos. Sintió que la Luz se mezclaba con la Sombra. Sintió que las fuerzas primigenias y descontroladas del caos y el orden, la vida y la muerte, luchaban aquí.

No conocía este lugar, ni sabía cómo escapar. Siguió observando en busca de rostros familiares. Khadgar. Danath. Kurdran. Alleria. Se preguntó si habían sobrevivido.

Permaneció inmóvil, en campo abierto, dejando que la Luz fluyera en su interior. Sería paciente. Sería un refugio para los demás en este lugar.

El tiempo pasaba. Ante él no aparecía nada.

Pero eso no significaba que no hubiera nada. Turalyon sintió una mirada sobre él desde el este. Una mirada maligna. Con el paso de las horas, la sensación de esa mirada depredadora no desapareció. Fuera lo que fuera, tenía sed de sangre.

Turalyon habló en voz alta solo para romper el silencio.

—Que venga. Conocerá la fuerza de la Luz.

A su espalda, desde el oeste, una voz lo llamó. Una voz familiar. Una voz que ansiaba volver a oír.

—¡Turalyon!

Se dio vuelta con una sonrisa. Ella lo había encontrado.

—¿Alleria? Gracias a la Luz...

Turalyon recobró el aliento. Ella alzó el arco con la flecha lista apuntando al corazón.

Disparó. Por encima del sonido de la cuerda, pronunció una sola palabra:

—¡Izquierda!

Turalyon no dudó. Se agachó hacia la izquierda. La flecha pasó a su lado. Sintió la brisa de su trayectoria en el cuello. Cayó en el terreno, cientos de pasos más atrás. Turalyon la vio clavada en la tierra rojiza con las plumas temblando.

Alleria Brisaveloz se acercó a él lentamente y tomó otra flecha. Llevaba el arco apuntando al suelo. Con la mirada ávida, buscaba un objetivo por todas partes.

—Lo siento. Me refería a *mi* izquierda, no la tuya.

Turalyon observó la flecha a lo lejos

—¿Probabas mis reflejos o viste algo?

—Vi algo.

—Qué pena. Me habría gustado probar tus reflejos también. Dame una señal y te arrojaré mi escudo.

Una breve sonrisa se dibujó en los labios de Alleria.

—En otra oportunidad. —Se paró donde había estado Turalyon, observando el terreno—. Huellas. —Apuntó al suelo.

Turalyon vio las marcas de sus botas en la tierra seca. Y allí, casi imperceptible, había una tercera marca, un paso tal vez. Algo se había parado detrás de él... No, él se había volteado en el último instante, así que había estado *frente* a él y no lo había visto.

—¿Qué era?

Alleria mantuvo la vista al frente, examinando el terreno que se le presentaba.

—Vi algo brillante. Cuando te diste vuelta, tomó forma. No sé lo que era. Huyó antes de que mi flecha le diera.

—¿Sería un orco? Los brujos de Ner'zhul pueden haber venido.

—No era un orco —sentenció Alleria.

—¿Vamos a buscar tu flecha?

Alleria lo miró.

—Este lugar no es Draenor. ¿Sabes cómo salir?

—No lo es, y no lo sé —contestó.

—Debemos conservar recursos.

La flecha había caído a unos doscientos pasos. Fueron juntos hasta ella sin cruzar palabra hasta su destino.

Turalyon tenía el martillo en la mano, pero sentía una discreta alegría: ella lo había *encontrado*. La batalla del Portal Oscuro había sido cruenta, distinta de todo lo que había vivido. Había luchado contra la Horda en dos mundos, pero nunca los había visto *desesperados*. En el Templo Oscuro, su jefe de guerra, Ner'zhul, había usado instrumentos de poder de Azeroth para crear puentes a tierras nuevas. Pero sus hechizos se habían salido de control. Las fallas habían empezado a abrirse y cerrarse por todo Draenor, desmenuzando la composición misma de la existencia. La única escapatoria era Azeroth.

Pero el baño de sangre de la destrucción se había filtrado a través del Portal Oscuro, e incluso Azeroth estaba en peligro.

La expedición de la Alianza acudió a protegerlo. Alleria y Turalyon habían peleado sin descanso para mantener el frente contra las oleadas de orcos aterrados y ganar tiempo hasta que Khadgar pudiera sellar la falla que unía los mundos, sabiendo que ellos también quedarían atrapados en un mundo agonizante. En medio del caos, otra falla se abrió cerca de ellos. Y la atravesaron, convencidos de que *cualquier lugar* del cosmos era más seguro que donde estaban. Pero quedaron separados.

No había modo de saber dónde estaba el resto de la expedición de la Alianza. Tal vez seguían en Draenor. Tal vez estaban aquí, en este lugar. Tal vez habían escapado a un rincón lejano del universo. Turalyon lo ignoraba.

Pero al menos la Luz lo había llevado de regreso a ella.

Alleria recuperó su flecha y la guardó en su carcaj.

—Creo que nos están observando —comentó—. Puede que me equivoque. Mis instintos no significan mucho aquí.

—Significan mucho para mí. —Turalyon cazaba por deporte en Lordaeron, pero Alleria era capitana forestal de Lunargenta. Pensar como un depredador era parte de su naturaleza—. Debí haberlo sentido cuando se acercó. Hay mucho poder salvaje aquí... Tengo que tener más cuidado.

—Este es su territorio, su campo de cacería. Qué extraño que no haya tratado de eliminarnos. Yo lo habría hecho. —Alleria se colgó el arco a un costado—. Este lugar es incomprensible para mí.

—Para mí también —comentó Turalyon—. Pero me encontraste. Por ahora es suficiente.

Alleria lo miró y sonrió.

Y luego lo abrazó. Él la apretó fuerte contra el pecho.

—Volveremos a ver a nuestro hijo —susurró ella.

—Luz mediante.

—Al diablo la Luz. La expedición de la Alianza era un viaje de ida. Todos lo sabíamos. Y aun así, en mi corazón creí que volveríamos a ver a Arator.

Su amor ardía radiante, dándole calidez a sus palabras y confortando el alma de Turalyon. Pero él no compartía esa certeza.

— Puede que sea un largo viaje hasta Azeroth —comentó.

—Tenemos tiempo.

—*Tú* lo tienes.

Alleria levantó la cabeza ante el comentario. Turalyon le sostuvo la mirada. Sabía que ella lo entendía: la vida humana era breve. Los elfos de Lunargenta tenían la Fuente del Sol, que los acercaba a la inmortalidad.

—Si la Luz deja que mueras de vejez aquí, estaré muy, muy enfadada con ella —dijo.

Turalyon reprimió una sonrisa.

—Se lo diré.

—Bien. Estamos de acuerdo. —Ella retrocedió y examinó el reino sombrío a su alrededor—. Quizás haya otros por aquí. Busquémoslos.

Turalyon apuntó al este, al Portal Oscuro.

—Allí la batalla fue más feroz.

Partieron. Draenor, o al menos su reflejo oscuro, seguía desmoronándose. Los temblores que sacudían el mundo no los alcanzaban allí. Los océanos se habían evaporado y solo quedaba un lugar vacío. A lo lejos, se veían cadenas montañosas que flotaban en el aire.

No hacía falta que Alleria ni Turalyon lo mencionaran: si hubieran fracasado, este también habría sido el destino de Azeroth.

Pero con el paso del tiempo, la cadencia de destrucción parecía desacelerarse. El continente central del mundo aún se mantenía unido. ¿Cuántos de la expedición de la Alianza sobrevivieron? ¿Cuántos de la Horda?

Llegaron al extremo oriental de la península. El Portal Oscuro flotaba sobre ellos. No había ninguna criatura viva a la vista. Ni de la Alianza ni de la Horda.

—Estamos solos —dedujo Turalyon.

Alleria suspiró.

—¿Alguna idea?

Turalyon se sentó con las piernas cruzadas y de espaldas al Portal Oscuro. Su armadura pesada traqueteaba mientras se acomodaba.

—No. No hay nada que pueda hacer para sacarnos de aquí. Así que confiaré en la Luz. —Un círculo brillante apareció a su alrededor. Cerró los ojos y dejó que el poder sagrado fluyera en su interior—. El destino nos ha alejado de los demás. Quiero descubrir el motivo.

—Muy bien. Descansa en calma, Turalyon. Yo me quedaré vigilando.

Él abrió levemente los ojos.

—¿Nuestro nuevo amigo aún nos sigue?

—Así es.

—¿Volviste a verlo?

Alleria dudó.

—Ahora lo presiento, nos observa desde el norte. ¿Tú no?

—Tal vez. ¿Cerca del Portal Oscuro?

—Así es.

Turalyon sentía una energía amenazante que fluía desde esa dirección. Como se mantenía lejos, volvió a cerrar los ojos.

—Bueno, haz una fogata e invítalo a sentarse. Quizás se siente solo y...

Un tono armónico los sobresaltó. Turalyon se levantó de inmediato y sacó su martillo del cinto. Alleria se dio vuelta con el arco en alto y una flecha lista. Una luz cegadora brillaba desde un círculo en el aire a pocos pasos de distancia.

Era una falla. Idéntica a la que Turalyon había atravesado para llegar allí.

Lo único que podía ver a través del brillo era una mano que los llamaba. Una voz se dirigió a ellos.

—Por aquí, ¡rápido!

La sorpresa de Turalyon desapareció. La falla y la voz que se oía estaban bañadas de Luz.

—Podemos confiar en él —le dijo a Alleria.

Ella lo miró y bajó el arco.

—Bien. —Entró en la falla. Turalyon la siguió.

Aparecieron en el claro de un bosque, rodeados por árboles medio muertos. La falla se cerró a sus espaldas. Habían regresado a Draenor, un mundo que aún rugía su apocalipsis. Los cielos... Un solo vistazo dejó a Turalyon atónito. Los cielos estaban desgarrados, fragmentados. Entre las pocas vetas azules que quedaban asomaba el ya familiar remolino de energía oscura.

Draenor y ese otro reino se unían en este vórtice.

—He estado buscándolos durante mucho tiempo.

El otro ser, el que los había guiado hasta allí, sonreía ampliamente. Tenía colmillos y largas garras negras, pero emanaba un aura de Luz sagrada. Alleria llevó la mano a su arco disimuladamente, decidida a preparar una flecha.

—¿Quién eres? —preguntó Turalyon.

—Soy un comandante, un guerrero de la Luz. Y hoy soy un mensajero del destino. Me llamo Lothraxion. La Madre de la Luz predijo que ustedes ayudarían a salvar a todas las criaturas vivientes. Me envió a rescatarlos. Por favor, siéntense. Tenemos mucho de qué hablar.

* * *

Hablaron durante tres días. Al poco tiempo, Lothraxion comenzó a sentirse inquieto, porque descubrió que un enemigo invisible había estado pisándoles los talones a Alleria y Turalyon.

—Combatí a la Legión durante miles de años. Fui *parte* de la Legión durante muchos años más, y nunca había oído de una criatura capaz de moverse a través del Vacío Abisal de esa forma. —Lothraxion comprendió enseguida las sombrías consecuencias—. Si no pudiste verla, Turalyon... es un gran problema. Los demonios no deberían poder evadir la mirada de la Luz.

Después de escuchar el relato de su paso por aquel otro reino —*el Vacío Abisal*, Alleria no lo olvidaría—, Lothraxion supo que la criatura era uno de los asesinos más raros de la Legión. Kil'jaeden había entrenado a unos pocos elegidos para matar o capturar enemigos importantes. Si aún los seguía, no descansaría hasta exterminarlos.

Eso significaba que Alleria y Turalyon seguían en peligro, incluso aquí.

Sí, tuvieron mucho de qué hablar durante esos tres días. Sobre este mundo. Sobre la Legión Ardiente y cómo los demonios habían orquestado la invasión de la Horda sobre Azeroth. Sobre el Vacío Abisal, el reino caótico donde universos alimentados por la Luz y la Sombra se unían en caos. Sobre su capacidad de crear reflejos extraños de mundos reales como Draenor.

Y lo más importante: Lothraxion les contó sobre el Ejército de la Luz y su guerra imposible contra la Legión Ardiente. Les explicó que la Luz necesitaba la ayuda de Alleria y Turalyon.

Pero todo eso tendría que esperar.

—No podemos arriesgarnos a llevar esa criatura a nuestra fortaleza —sentenció Lothraxion—. Me quedaré con ustedes hasta asesinarla.

Turalyon estaba dispuesto a aceptar su ayuda. Pero Alleria no.

—Lothraxion, debes marcharte. Podemos protegernos solos.

—Creo que no comprendes la peligrosidad de este asesino.

—¿Qué premio es más importante para la Legión? ¿Dos reclutas o un comandante? —Por un instante, Alleria fijó la mirada en Turalyon. Eligió cuidadosamente las palabras que dirigía a Lothraxion—. Cuando te vayas, te seguiré a *ti*. Debes prepararle una trampa. Regresa con nosotros cuando haya muerto.

Lothraxion comenzó a oponerse, pero Turalyon lo interrumpió.

—Comprendemos el peligro, Lothraxion. Lo entendemos *perfectamente*. —Asintió levemente mirando a Alleria—. Esperaremos aquí.

Lothraxion entrecerró los ojos. Los contempló en silencio.

—De acuerdo. Pero no los dejaré indefensos.

Antes de partir, le ofreció a Turalyon algunas horas de instrucción sobre la filosofía de la Luz. Sí, Turalyon era un paladín, pero hacía poco que los humanos blandían el poder sagrado en el campo de batalla. Lothraxion lo había hecho durante *milenios*. Tras la partida de Lothraxion, Turalyon resplandecía. Literalmente, brillaba.

Para Alleria, el efecto había perdido su encanto tras la puesta del sol.

—¿Podrías detenerte? Arruinas mi visión nocturna —dijo con dulzura.

Turalyon lo disfrutaba mucho.

—¿Te molesta mi fulgor? ¿Acaso he profundizado demasiado en los poderes desatados de la justicia y la esperanza?

—¿Y tu fulgor impedirá que alguien te mate mientras duermes?

—De hecho, puede que sí —respondió. Aun así, cedió. La Luz se desvaneció de su armadura y su martillo—. ¿Qué opinas de nuestro nuevo amigo? Sé que no podías percibir sus intenciones a través de la Luz.

Alleria comenzó a afilar la punta de sus flechas con una piedra plana.

—Tenía mucho que decir. Y nada parecía mentira.

Turalyon bajó la vista, su voz era poco más que un susurro.

—¿Y qué crees sobre su pedido?

Siguió un largo silencio, interrumpido solo por el suave roce de la piedra contra el metal. La quietud comenzó a abrumarlos. A lo lejos se oían los gritos nerviosos de la vida salvaje de Draenor, perturbada por los temblores incesantes.

Finalmente Alleria dejó la roca.

—La Madre de la Luz nos salvó del Vacío. Si quiere que esperemos aquí unos días, bien. Pero... pedirnos que marchemos a otra guerra...

No terminó la oración. No era necesario. Turalyon solo asintió.

—Si la Luz puede llevarnos a Azeroth primero, podemos formar un ejército. Eso será mucho más útil que solo nosotros dos.

—Exacto. —Siguieron conversando durante gran parte de la noche.

Cuando el cielo se iluminó, se turnaron para dormir. Para el mediodía, ya estaban bien descansados. Solo tenían que esperar a que mataran al demonio. Alleria no estaba segura de si Lothraxion había entendido lo que le habían pedido, pero al menos estaba dispuesto a intentarlo. No sabían cuánto podía tardar. Si iban a estar esperando durante semanas o meses, su consejo sobre administrar los recursos había sido acertado.

El agua y la comida comenzaban a escasear. Turalyon partió en busca de un río. Alleria colocó unas trampas en el bosque cercano. Cuando Turalyon regresó, Alleria deambulaba alrededor del campamento y examinaba cuidadosamente el terreno. Lo miró con el ceño fruncido.

—¿Dónde está el agua?

Él negó con la cabeza.

—Puede esperar. He estado pensando en algo desde que desperté. Hablamos toda la noche sobre la guerra, pero ni una palabra sobre nuestro hijo.

—Hablaemos sobre Mathain luego.

—Si uno de nosotros va a la guerra, el otro debe quedarse con él. —Se acercó a ella—. No estaría bien dejarlo huérfano. No después de arriesgarnos viniendo hasta aquí.

Ella le sostuvo la mirada, sin parpadear.

—Estará bien. Lo prometo. —Le acarició la barbilla con la mano.

Shik.

La daga se deslizó fácilmente en la garganta.

Turalyon abrió los ojos sorprendido. Retrocedió a tropezones, sujetándose la garganta, tratando en vano de contener el torrente de sangre. La hoja había entrado hasta la empuñadura.

Alleria lo observó sin inmutarse.

—El nombre de mi hijo es *Arator*, demonio.

La criatura que se parecía a Turalyon rugió furibunda y dio dos pasos torpes hacia ella. Un fuego verde brotó de una mano, mientras que de la otra emergió una daga. Alleria dio un paso al costado para esquivarlo, lo sujetó por el codo y giró. La criatura se desplomó con el brazo en un ángulo extraño, su daga cayó a un lado y se evaporó. Gritos ahogados de dolor y furia resonaron entre los árboles.

Alleria lo dejó chillar mientras iba por su arco y carcaj. Unas ramas crujieron a pocos pasos, y Turalyon —el verdadero Turalyon— emergió del bosque con el martillo en la mano. A su paso dejaba una luz llameante.

— Bien hecho —dijo gravemente.

—No tuvo paciencia. Yo habría esperado unos días. Y no habría dejado rastros. —Alleria extrajo una flecha—. ¿Qué es más valioso? ¿Un comandante o dos reclutas nuevos? Parece que los dos reclutas. Qué interesante. Hablemos sobre eso.

El asesino gruñó y trató de incorporarse rápidamente. El martillo de Turalyon lo devolvió al suelo. Con fuerza. Turalyon hizo un ademán y los restos del disfraz de la criatura desaparecieron de inmediato, y dejaron al descubierto su verdadera forma: un demonio desgarrado con el rostro contorsionado en agonía. Lothraxion tenía razón. Era un eredar, uno raro. Un humo oscuro brotaba de sus ennegrecidos ojos muertos.

Alleria se paró sobre él y le apuntó directamente.

—Eres un lacayo de la Legión Ardiente, ¿verdad?

El demonio le sonrió.

—Soy solo uno entre un ejército infinito. No soy más que una lanza en un mar... ¡GYAAAAH!

—La flecha encontró su blanco. Alleria extrajo otra y apuntó a otro lugar igualmente doloroso. No volvió a interrogarlo. El demonio escupió y maldijo—. *Sí*, pertenezco a la Legión Ardiente, gusano, ¡estúpida mortal de carne maldita! Escoria arrogante, condenada a arrastrarte por la tierra y la mugre ante el gran señor de... —La criatura volvió a aullar cuando la segunda flecha dio en el blanco.

Alleria sacudió la cabeza.

—Nos seguiste durante días. Dime *por qué*.

El demonio rio. El dolor comenzaba a enloquecerlo.

—El destino gira a tu alrededor. Puedo sentirlo. Puedo *verlo*. Lo vi *todo* en este mundo. Y luego *toodo* estalló; todas esas lucecitas se apagaron. Pero ustedes, no. Sobrevivieron. Y eso significa que el destino tiene planes... —Sucumbió presa de un ataque de risa maníaca.

Turalyon levantó su escudo.

—Tal vez sea verdad. Pero no vivirás para verlo.

Los ojos del demonio rebosaban una furia abrasadora.

—¿Creen que no volveremos a vernos? Los encontraré. A los dos. Sus almas serán cuentas alrededor de mi cuello y sufrirán por toda la eternidad. Y luego encontraré a su hijo, *Arator*, ¡y haré que se arrodille ante el mismísimo Sargerass para que lo vean arder por la gloria del amo! ¿Creen que ganaron? ¿Creen que...?

Alleria soltó la cuerda de su arco. La flecha atravesó el cráneo del demonio.

Su boca gesticuló durante un instante sin emitir sonido. La criatura se estremeció una vez, dos. Después quedó quieta.

Alleria miró a Turalyon y se encogió de hombros.

—Lo siento. Debí preguntarte si habías terminado con él.

—A mí tampoco me gustó que pronunciara el nombre de Arator.

El cuerpo del demonio se fundió y se convirtió en polvo seco, y la brisa se lo llevó sin dejar rastro.

El Ejército de la Luz debió haber estado vigilándolos. Menos de una hora después de matar al asesino, una Luz radiante iluminó a Alleria y a Turalyon. Su gloria los envolvió, y sus mentes se elevaron hasta otro reino de existencia.

Turalyon sintió una presencia entre ellos, un ser con un poder tan profundo que parecía la mismísima fuente de la Luz. Con asombro, Alleria contuvo la respiración. Nunca antes había experimentado el calmo poder de la Luz.

Tampoco él, no con esa intensidad.

Una voz elegante, grácil y firme se dirigió a ellos. Era la Madre de la Luz.

Los dos hijos de Azeroth. Alleria. Turalyon. Yo soy Xe'ra. Me alegra que estén ilesos, aunque me apena el martirio que han tenido que sufrir.

Alleria le respondió:

—No te apenes por nosotros. Fuimos a la guerra para salvar a nuestro mundo. Azeroth está a salvo.

Es eso lo que me apena. Estuve allí en el Comienzo, cuando la vida mortal era un sueño distante. Pensar que criaturas como ustedes tengan que enfrentarse a semejantes peligros... me duele. Si otros no hubieran fallado, si yo no hubiera fallado, ustedes no cargarían con este peso.

—Pero lo hacemos con gusto, porque es nuestro deber —sentenció Turalyon—. ¿Qué sucede aquí? Ese demonio dijo que el destino nos había marcado.

En ustedes existe la esperanza para el universo.

Turalyon comenzó a vislumbrar la forma de Xe'ra. Era como si estuviera tallada en cristales luminosos llenos de vida, unidos únicamente por el poder sagrado. No se parecía a nada que hubiera visto antes. Sin embargo... fue como si la conociera desde siempre. Gracias a la Luz, comprendió su naturaleza, como ella comprendía la de él.

—Lothraxion dijo que hay una guerra entre las estrellas. No entiendo cómo *nosotros* podemos ayudar.

La guerra se perdió hace mucho tiempo. La Legión Ardiente ha alterado el destino del universo. Ahora todas las vidas descienden hacia el olvido. Por eso... buscamos esperanza. Buscamos luces brillantes en la Gran oscuridad del más allá. Entre la desolación de miles y miles de mundos muertos, aún existen algunas tierras que viven y prosperan.

—Azeroth —susurró Alleria.

La luz más brillante de todas. Eso atrajo a la Legión hace diez mil años. Gracias al valor de su pueblo y a la arrogancia de los demonios, la Legión conoció la derrota por primera vez. Pero ellos aprenden de sus errores. Los orcos de Draenor fueron los peones de una nueva estrategia. Ustedes los expulsaron, y la Legión aprenderá de eso también. No sé cómo será el próximo ataque sobre Azeroth; solo puedo decir que será pronto.

Alleria se irguió con firmeza.

—Entonces debemos regresar a Azeroth. Reuniremos a todas las naciones para la guerra.

No será suficiente.

—Tendrá que bastar.

La voz del ser estaba cargada de angustia.

La Legión está lista para su Cruzada Ardiente contra tu mundo. Solo necesita un camino. La Horda casi le consiguió uno.

Surgió una visión: un brujo orco, encorvado y deformado, escapando de la Horda. Turalyon lo reconoció: era ese al que llamaban Gul'dan.

Su arrogancia fue su fin. De haber triunfado, todo se habría perdido. ¿Pero cuánto tiempo ha pasado desde que la Horda abandonó Azeroth? ¿Cuántos años en tu mundo?

—Un poco menos de tres —respondió Turalyon.

La Legión se ha preparado durante décadas para otras formas de guerra.

—No entiendo.

Las corrientes del tiempo siempre avanzan, pero las fuerzas del Vacío Abisal son impredecibles. Mira.

Otra visión cobró vida: apareció un océano gigante, donde Alleria y Turalyon contemplaron un vórtice enorme que agitaba las aguas. En el torbellino había dos trozos de madera a la deriva, uno en el borde, donde las aguas eran tranquilas, y otro cerca del centro. El del exterior se movía de manera lenta y perezosa. El del centro se sacudía violentamente, rodeando el vórtice una y otra vez. Las tormentas sacudían las aguas y precipitaban las corrientes, agregando aún más caos al sistema.

Poco a poco, Turalyon comenzó a comprender. El mismo océano y las mismas aguas, pero afectados de distinto modo por las mismas fuerzas. Azeroth se movía más lentamente que las partes turbulentas del universo.

La Legión Ardiente tiene todo el tiempo que necesita para prepararse para la guerra. Sus víctimas nunca tienen tiempo. Ustedes gozan de un mundo repleto de luces brillantes, pero no está listo.

La visión cambió: una prisión-túmulo subterránea. Había un elfo, solo en una celda, con el rostro helado. Turalyon sintió el odio y la determinación en su alma.

Algún día la Luz purificará su corazón atribulado, y él se convertirá en nuestro campeón más grande. Él destruirá a la Legión Ardiente.

La mente de Turalyon se vio invadida de preguntas.

—Entonces... ¿por qué la Legión nos teme?

Cuando abandonaron su mundo, nuevas posibilidades poblaron los vastos dominios del destino. La esperanza brilló en el futuro por primera vez en eras. Sus luces recorrían juntas el cosmos. Se aventuraron hasta llegar a... algo más. Algo nuevo. Algo que creo que yo no debía ver. Una estrella esmeralda. Apareció por un instante fugaz, y luego desapareció.

—¿Qué era?

No lo sé. Algo que la Legión ha ocultado de todo ojo avizor. Cuando lo alcancen, creo que finalmente descubriremos cómo derrotar a la Legión Ardiente. Los demonios también lo saben. Por eso enviaron a un asesino para matarlos.

Alleria dejó escapar una risa.

—No les salió muy bien. Ahora está muerto.

Ese demonio no está muerto.

—No estoy de acuerdo.

Solo destruyeron un conducto. El alma del demonio regresará al Vacío Abisal. Con el tiempo, volverá a vivir y reanudará la misión que le encomendaron sus amos: extinguir la esperanza de dos luces brillantes.

Alleria maldijo por lo bajo. Ese demonio había amenazado a Arator, y podía regresar en cualquier momento. La voz de Alleria sonó cortante.

—Tenemos un hijo.

Lo sé. Les pido un terrible sacrificio.

—No entiendes. Si los dos hubiéramos muerto aquí, Arator habría crecido huérfano. Y aun así lo abandonamos. Mira mi corazón. Mira mis motivos.

Veo amor, puro e inmaculado.

Turalyon sujetó la mano de Alleria y la apretó con fuerza. Alleria hizo lo mismo.

—Haría cualquier cosa para proteger a Arator, para proteger mi pueblo y mi mundo. Mientras haya enemigos decididos a destruirlos, no descansaré. Entregaré mi vida si hace falta. Pero sé que volveré a ver a mi hijo. Lo he sabido desde el momento en que decidí partir de Azeroth.

Me alegra. Aunque aún no conoces la Luz, ya ha empezado a hablarte.

—Tenemos que hallar al resto de la expedición de la Alianza. Si la Legión nos teme a nosotros dos, temblará cuando marchemos juntos —aseveró Turalyon.

Ellos tienen su propio destino. Habrá muchas guerras en su mundo, y en este, mientras ustedes no estén. Ellos tendrán su oportunidad de ayudar a Azeroth.

La conversación siguió durante horas. Al final, Alleria y Turalyon tomaron una decisión. Una decisión terrible e imposible.

Una decisión necesaria.

Las visiones se desvanecieron. Alleria y Turalyon volvieron a encontrarse solos en un bosque de Draenor. Una falla se abrió cerca. De ella surgía una Luz brillante que iluminaba el mundo devastado.

—Volveremos a ver a nuestro hijo —dijo Alleria.

—Luz mediante.

Avanzaron sin dudar.

Había muchos esperando al otro lado para recibirlos. Lothraxion estaba allí, con una amplia sonrisa. Xe'ra flotaba sobre ellos, su presencia era una señal de esperanza en un universo que la necesitaba desesperadamente.

Bienvenidos, Alleria y Turalyon. Bienvenidos al Ejército de la Luz.

Bienvenidos a casa.

Parte dos: La estrella esmeralda

Adelante, Turalyon, hijo de Dorus. Ha llegado la hora.

Turalyon avanzó hacia la columna de la Luz. No estaba solo. Alleria estaba a su lado.

La Luz depara diferentes caminos para sus hijos. Cuéntanos cómo te trajo hasta aquí.

—Nací en el seno de la nobleza de Lordaeron. De niño, estudié la filosofía de la Luz y me convertí en sacerdote para sanar a enfermos y heridos. Me levanté en armas cuando invadieron mi mundo y, junto a mis hermanos de la Mano de Plata, aprendí a blandir la Luz en la batalla.

¿Y qué harás ahora?

—Serviré a la Luz hasta el día que muera. Lo juro.

Entonces recibirás la bendición de la Luz. Prepárate.

Alleria tomó suavemente las manos de Turalyon. Él tenía las palmas hacia abajo y ella hacia arriba. Estaban de pie, frente a frente, y la Luz los iluminaba.

—¿Estás nervioso? —preguntó.

Turalyon sonrió.

—Así es.

Los envolvía el murmullo suave de la presencia de Xe'ra *Tu antigua vida ha llegado a su fin. La Luz te otorgará una nueva.*

—Estoy listo, Xe'ra.

La Luz descendió sobre él. Alleria sintió el pulso fuerte pero regular de Turalyon, que aferró las manos de ella con firmeza. Su piel se volvió más cálida.

—Te veré del otro lado, amor mío —dijo Alleria.

La Luz lo invadió y él se entregó por completo. Las palabras de Xe'ra inundaron el silencio.

La Luz te otorgará sabiduría. La Luz sanará tus heridas. La Luz te mostrará tu destino.

Permaneció inusualmente quieto con las manos colgando, inertes. Alleria sabía que su mente atravesaba un océano de creación.

—¿Qué está viendo? —susurró Alleria.

Cuando uno está en la forja de la Luz, ve su pasado. Después aparecen fragmentos del futuro.

—Espero que regrese con buenas noticias.

La Legión Ardiente ha cambiado el curso del destino, pero si el destino cambió una vez, puede volver a cambiar. Gracias a seres como tú, Turalyon, y el resto del Ejército de la Luz.

—Luz mediante.

Alleria sabía que Turalyon tardaría mucho en regresar. Cerró los ojos y dejó que su mente vagara, buscando lo mismo de siempre. Esta vez, tuvo suerte de encontrarlo.

Su mente se llenó de imágenes. No era una visión del pasado ni del futuro: eran hechos actuales. Imágenes de lo que pasaba en ese momento. No había dudas.

Alleria veía una ciudad, apenas construida. Los resabios de la guerra todavía presentes.

Ventormenta. Tenía que ser Ventormenta. Los humanos habían comenzado la reconstrucción. Era un día soleado y en el camino hacia los muros de la ciudad había una multitud de personas, soldados, civiles y nobles. Ante ellos, un grupo de dignatarios. Vio estandartes de Ventormenta, Lordaeron... y Quel'Thalas. Frente a ese estandarte, estaba su hermana, Sylvanas.

El corazón de Alleria se alegró. La mayor parte del linaje Brisaveloz había muerto durante la invasión de la Horda. Sylvanas era una de las pocas sobrevivientes. Aún lucía la insignia de líder. General forestal de Lunargenta. Alleria se llenó de orgullo.

Fuera de los muros de Ventormenta se había erigido una fila de estatuas. Reconoció a todas. Estaban Kurdran Martillo Salvaje, Danath Aterratrols y el Archimago Khadgar.

Y estaba Turalyon. Y a su lado, una estatua de Alleria.

La Alianza debió dar por muertos a los rezagados de Draenor. Alleria sabía que gran parte de la expedición había sobrevivido. Lo había visto en la Luz... pero tal vez no habían encontrado la forma de regresar a Azeroth.

Alleria dejó que su conciencia flotara sobre la multitud. Todos miraban hacia arriba. Sí, reconoció a algunos de los elfos: guerreros, colegas cazadores, magos y amigos.

Y en ese preciso lugar, vio a un niño sentado sobre los hombros de un paladín.

Arator.

Su hijo aún era un niño muy, muy pequeño. Cuando ella partió hacia la guerra, él tenía unos pocos meses. Para él solo habían pasado un par de años. Tenía los ojos abiertos y la cabeza hacia un lado. La cara que veía no le era familiar. Alleria sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

Háblale.

—No sé qué decir.

A través de la Luz, puedes transmitir mucho más que palabras.

Alleria comprendió. Recordó aquellos meses preciados durante los cuales lo había tenido en sus brazos. Se dejó llevar por esos recuerdos y se aferró al amor puro e infinito que sentía por su hijo.

A través de la Luz, compartió esos sentimientos con él.

Lo vio mirar a su alrededor y sonreír. Volvió la mirada hacia la estatua de su madre y estiró la mano como para tocarla. El mismo gesto que hacía cuando era bebé y quería tocarle el mentón. El corazón le explotaba de alegría.

—No conoce mi rostro.

Regresará aquí una y otra vez para ver tu rostro y sabrá que tu amor por él no tiene límites.

—Gracias, Xe'ra.

El viaje de Turalyon estaba a punto de concluir. La Luz resplandecía en su interior. Sus ojos brillaron por un instante cuando los abrió. Levantó la cabeza y respiró profundamente.

Alleria sabía que había concluido. Su pulso era más fuerte que nunca y la Luz resonaba con cada latido.

—Bienvenido. ¿Cómo te sientes, Turalyon?

—Como si despertara por primera vez en la vida. —Las lágrimas asomaban en sus ojos—. Vi a Arator. Ya era un adulto, un paladín, erguido bajo un cielo carmesí, observándome. Solo podía sentir orgullo por él. Tenías razón, Alleria. Es nuestro destino volver a verlo.

La abrazó con fuerza. Ella lo envolvió con sus brazos y sintió sus lágrimas en la mejilla.

Sin soltarla, se dirigió a Xe'ra

—Vi la estrella esmeralda. Nuestra guerra contra la Legión Ardiente la revelará en el momento indicado. Debemos ser pacientes.

Entonces transitamos la senda del destino. Lo has hecho bien, Turalyon.

Xe'ra compartió las noticias con el Ejército de la Luz.

Turalyon... hijo de Azeroth... humano de Lordaeron... paladín de la Mano de plata... ha superado la barrera de la mortalidad. La Luz lo ha considerado digno protector eterno de la creación.

Ha sido forjado en la Luz.

Los demás aparecieron de inmediato para compartir la alegría y felicitarlo. Eran hermanos y hermanas en armas. Juntos habían luchado batallas, derramado sangre y lamentado la muerte de sus camaradas; pero Turalyon ya no era un mero soldado de la Luz. Ahora la Luz y él eran uno, como la mayoría de ellos.

Lothraxion se acercó a Turalyon y le estrechó la mano como lo hacían los humanos. Alleria los observó ocultando una sonrisa. Él había insistido en practicar ese gesto días atrás. Se volteó y la miró con una sonrisa expectante:

—¿Lo hice bien?

—Perfecto. En Lordaeron te considerarían muy educado.

—Tu ascensión también llegará, Alleria. Lo sé.

—Luz mediante —respondió.

Aunque sabía que si a Turalyon, un hombre devoto a la Luz desde niño, le había llevado tanto tiempo, ella aún tenía un largo camino por delante. Eso no le preocupaba. La Luz le había dado paz en ese día. El temor de que su hijo pasara toda la vida sin volver a verla se había disipado.

En Azeroth habían pasado pocos años desde su partida. Para Alleria y Turalyon, habían pasado más de cuarenta.

* * *

Después de darles la bienvenida a Alleria y Turalyon a sus filas, el Ejército de la Luz los llevó a su nuevo hogar: el *Xenedar*. Era una nave magnífica, forjada por las mentes más brillantes de la Luz, capaz de atravesar el Vacío Abisal y sustentar a su tripulación durante largos viajes. También era el refugio más grande de la Luz en pie y el único que podía dar batalla a la Legión Ardiente.

Alleria y Turalyon pronto se unieron a los asaltos contra las fortalezas de la Legión. Pero antes tuvieron que acostumbrarse a la vida en el Vacío Abisal.

El paso errático del tiempo se convirtió en un obstáculo inesperado. Mientras que en Azeroth pasaba una semana, Alleria y Turalyon vivían un período de un mes, o diez meses, o más. Parecía que los años se mezclaban.

Pero como ninguno permaneció ocioso, lograron concentrarse. Turalyon se unió al Consejo de exarcas para aprender sus estrategias militares. Después de unos años, trabajó con los herreros del *Xenedar* para forjar un arma nueva: una espada imbuida de poder sagrado. Tuvo que entrenar sin descanso para dominarla.

Alleria también recibió entrenamiento. Comenzó a estudiar las técnicas de guerra sagradas.

En tan solo dos años —desde la perspectiva de Alleria y Turalyon— sus flechas estaban imbuidas con el poder de la Luz. Podría haber abandonado el arco y las flechas por completo, pero sentía orgullo de cargar a Thas'dorah, el legado de su familia, en la batalla contra las fuerzas del mal. Lothraxion la estimulaba.

—Nuestra herencia nos acompaña a todos en la batalla, pero no todos podemos usarla como un arma —le dijo.

Lothraxion era un nathrezim. La Legión había esclavizado a su raza hacía mucho tiempo. Alleria encontró en él un amigo cercano y una fuente de conocimiento sorprendente. Había pasado miles de años luchando junto a los demonios antes de que la Luz lo purificara, así que conocía su manera de pensar y de actuar, y sus temores.

—La Legión Ardiente no le teme a la Luz —le dijo.

Alleria sacudió la cabeza.

—¿De verdad son tan arrogantes?

—Sargeran cree que ya *ha derrotado* a la Luz. —Lothraxion esbozó una sonrisa forzada—. Lo que de verdad desea es destruir a la Sombra. Ese era mi deber, hace mucho tiempo. Cazaba criaturas del Vacío para la Legión. Un trabajo sumamente peligroso.

En poco tiempo Alleria lo vivió en carne propia. Unos cincuenta años después de abandonar Draenor, acompañó al Ejército de la Luz a un pequeño mundo que la Legión usaba como prisión. Cuando llegaron, todos los demonios estaban muertos. *Definitivamente*. Los habían arrastrado al Vacío Abisal y los masacraron ahí. Esa era la única forma de exterminar un alma demoníaca inmortal para siempre. Incluso habían aniquilado a los prisioneros.

—Esto es obra de las Sombras —anunció Lothraxion—. Tengan cuidado.

Inspeccionaron el lugar en busca de sobrevivientes. Mientras Alleria investigaba una fila de celdas salpicadas de sangre, un avatar de las Sombras se materializó frente a ella. La mano incorpórea de la criatura la aferró por la garganta e inundó su mente con magia oscura en un intento de asesinarla.

Apenas tardó un instante en invocar la Luz sobre la bestia, pero en el momento en el que el toque de las Sombras la alcanzó, su mente se transportó hacia otro lugar.

Parpadeó.

Se vio a sí misma caminando sobre la superficie de otro mundo; uno plagado de demonios del que solo había oído hablar: Argus.

Parpadeó.

Estaba de pie ante la estrella esmeralda y sintió el terrible calor sobre su rostro. La estrella la llamaba, le suplicaba ayuda.

Parpadeó.

Se vio a sí misma saltando de un risco y cayendo en una oscuridad infinita con una sonrisa en el rostro. La paz se reflejaba en sus ojos.

Entonces, la Luz golpeó al atacante y lo destruyó de inmediato. Ella cayó al suelo, jadeando. Turalyon corrió a su lado. La Luz fluyó por su cuerpo y le calmó el dolor.

—¡Alleria! ¿Qué sucedió?

Alleria fingió un tono irónico mientras se levantaba.

—Me dijeron que tuviera cuidado. Quizá la próxima vez preste atención.

No le contó lo que había visto. ¿Cómo se lo explicaría si ni siquiera ella lo había comprendido? Había sido tan real como todas las visiones otorgadas por la Luz, aunque era evidente que esta no era una visión sagrada. La Luz y las Sombras habían colisionado en su alma y eso le permitió ver una realidad. No podía explicar cómo.

Durante las semanas siguientes, Alleria le pidió a Lothraxion más información sobre las Sombras. Con un tono sombrío, él le contó sobre las criaturas que había enfrentado.

—Conozco la esclavitud. Pero servir a la Legión fue un juego de niños en comparación con lo que sufren los engendros del Vacío —murmuró—. Y las criaturas *corruptas*... que alguna vez fueron libres... Que la Luz se apiade de sus almas. Cuando uno deja entrar a las Sombras en su corazón, solo queda la locura.

La respuesta no la sorprendió demasiado.

—Es una pena. Imagina si alguien pudiera sobreponerse a la corrupción del Vacío. Sería un aliado poderoso contra la Legión.

Lothraxion consideró la idea.

—No hablaría sobre estas cosas cerca de Xe'ra. Dudo que encuentres alguna criatura capaz de lograrlo. El Vacío provoca un ansia de poder incontenible. Esa es la trampa. Un impulso

por conseguir más, más y más... Te hace cruzar el límite. Después de usar el poder las Sombras, les *perteneces* a las Sombras. Afecta a casi todos de la misma forma...

—¿Casi?

—Hubo un caso... —Lothraxion trató de recordar—. Lo llamábamos 'Caminante intersticial'. Era un poderoso maestro del Vacío pero, por lo que sabíamos, totalmente libre de su influencia. La Legión Ardiente perdió un sinnúmero de vidas intentando capturarlo. Yo mismo corrí ese riesgo.

—Me alegro de que no te asesinara.

—De hecho, *me asesinó*. Pero me sacó del Vacío antes de hacerlo. —Lothraxion se rio al recordarlo—. Dijo que yo tenía un 'destino único' y que tenía que renacer.

Caminante intersticial. Alleria no olvidaría ese nombre. No pudo contenerse y le hizo otra pregunta.

—¿Cuántas veces moriste por la Legión?

—Perdí la cuenta. —Le sonrió—. Sentir que mi alma estaba a la deriva me daba cierto placer. Pero después me volvían a arrastrar a Argus y me castigaban por haber fallado. Eso no era tan placentero.

Alleria meditó sobre lo que había oído. Tal vez había otra manera de luchar contra la Legión. Decidió pedirle consejo a Xe'ra.

—Deseo encontrar al Caminante intersticial y a los seres como él —dijo Alleria—. Ellos desean derrotar a la Legión Ardiente tanto como nosotros.

Alleria sabía que opondría resistencia, pero no había previsto un ultimátum.

Solo lo diré una vez, Alleria Brisaveloz. La Luz no se involucra con el Vacío. No hay alianza posible con las Sombras. Su objetivo es destruir o esclavizar a todas las almas del universo. Quiere consumirlo todo.

El rechazo frío de Xe'ra desconcertó a Alleria

—Comprendo el peligro. Pero soy cazadora. Pienso como mi presa. Ahora, nos enfrentamos a la Legión Ardiente, pero llegará el día en el que tengamos que enfrentarnos al Vacío. Preferiría aprender sobre estas criaturas antes del comienzo de *esa* guerra.

Esa guerra comenzó antes que el tiempo mismo. No te confundas, Alleria: si te involucras con el Vacío, tu destino será la ruina. Perderás a Turalyon, a Arator, Lunargenta, Azeroth y todo lo que amas. La Luz y las Sombras no pueden convivir. Ya sabes cómo derrotar al Vacío. Eso es lo único que necesitas saber.

—Comprendo, Xe'ra.

Las palabras de la naaru fueron muy claras. Pero Alleria no podía sacarse de la cabeza lo que había visto. Caminaría en Argus, vería la estrella esmeralda y caería en la oscuridad. Esas visiones se habían sentido como fragmentos del destino y eran obra de las Sombras.

Las otras visiones no se habían desvanecido. Aún tenía la certeza de que volvería a ver a Arator. Tenía la certeza de que derrotarían a la Legión Ardiente.

Confió en que la Luz le indicaría el camino a seguir en los años por venir.

Pero los siglos pasaron y todo siguió igual. Ella peleó, luchó, asesinó... pero no obtuvo más respuestas.

Hasta que, de pronto, llegó el momento de actuar.

* * *

La Legión Ardiente había invadido lo que quedaba de Draenor, que ahora se llamaba Terrallende. Las fuerzas de Azeroth luchaban desesperadas en los límites de la Península de Fuego Infernal y mantenían a los demonios a raya a pocos metros del Portal Oscuro.

Alleria y Turalyon habían vivido juntos más de quinientos años en el Vacío Abisal. En Azeroth, solo habían pasado veinte años desde el fin de la segunda guerra, apenas una generación, y sus campeones ya debían dirigirse a otra.

Pero Alleria vio una oportunidad. Pidió reunirse con Turalyon y Xe'ra en privado. Sintió un gran remordimiento al mentirles, en especial a *él*, pero sabía que con la verdad no lograría su objetivo.

—He tenido sueños recurrentes durante estos últimos años. No son muy claros. Me despierto en Argus. Después veo la estrella esmeralda. —Alleria extendió sus manos como gesto de incertidumbre—. No les di importancia porque sé que Argus está vigilado por hordas de demonios. O más bien, *estaba*.

Turalyon comprendió al instante

—Los demonios están invadiendo Terrallende. Argus jamás volverá a estar tan vulnerable.

Alleria esperaba que Xe'ra se opusiera, pero no lo hizo.

Esto es lo que vi antes de que se nos unieran: dos luces brillantes de Azeroth que juntas encontraban la estrella esmeralda.

Alleria se estremeció. Eso *no* era lo que había planeado

—Iré sola. Una persona puede infiltrarse en Argus con más facilidad que dos.

Turalyon le respondió con una sonrisa.

—Me duele que creas que no puedo seguirte el ritmo.

—No tengo ninguna certeza sobre lo que vi, Turalyon. No hay por qué arriesgar a nadie más.

No te opongas a tu destino, Alleria. No logro ver qué les ocurrirá después de llegar, pero sé que proseguirán su lucha contra la Legión. Vayan juntos. Ninguno morirá en Argus.

Después de semejante afirmación, no hubo lugar para discutir.

Alleria y Turalyon partieron hacia las profundidades del Vacío Abisal. Salieron del *Xenedar* en una pequeña nave cilíndrica. La Luz los mantenía a salvo. El viaje fue silencioso. Sigiloso. Y lento. Tardarían mucho en llegar a Argus y solo podrían regresar con la misma nave.

Durante el viaje, Alleria le confesó la verdad a Turalyon. O al menos, una parte.

—Las visiones que tuve no eran de la Luz. Por eso quería venir sola —le dijo.

A Turalyon no le preocupó demasiado.

—No importa su origen. Xe'ra creyó que eran ciertas. Eso me basta —dijo—. Hay otras fuerzas en el universo. Si quieren ayudar a la Luz a derrotar a la Legión, no tengo objeción.

—Xe'ra lo haría.

Turalyon esbozó una pequeña sonrisa.

—Confío en su sabiduría. Pero también confío en tus instintos.

Continuaron a través del Vacío Abisal. Alleria rezó para que él no sufriera daños si este viaje había sido un error.

* * *

Hacía mucho tiempo que el Ejército de la Luz conocía la ubicación de Argus. Era un mundo totalmente cubierto por el Vacío, y el ejército podría haber navegado hacia él cuando lo deseara.

Aunque fuera sencillo encontrarlo, no era fácil infiltrarse en él. La principal fortaleza de la Legión Ardiente contaba con defensas abrumadoras, incluso mientras la Legión invadía Terrallende. Kil'jaeden no se atrevería a dejar su trono indefenso. Pero ahora había grietas. Era imposible que vigilaran cada centímetro del mundo.

Cuando Alleria y Turalyon finalmente llegaron a destino, se ocultaron en el caos del Vacío Abisal y esperaron a que se presentara una oportunidad. Algunas partes de Argus estaban llenas de luces que parpadeaban y otras eran oscuras y silenciosas.

Turalyon dirigió su transporte hacia una llanura abierta, alejada de las áreas importantes. El hedor a azufre y roca calcinada era insoportable. Era imposible que algo tuviera vida en ese lugar. Cuando la Legión Ardiente invadió este mundo, los demonios destruyeron hasta sus cimientos.

Sombrío, Turalyon observó el paisaje.

—No creí que fuera posible un mundo donde la Luz no estuviera presente...

—Bienvenido a Argus —dijo Alleria.

Turalyon señaló el horizonte. Apenas se vislumbraba el filo de un enorme cañón. En sus profundidades, había luces resplandecientes.

—Eso se ve prometedor.

Alleria señaló la nave, que tenía la capacidad de abrir una falla hacia el *Xenedar*.

—Y esa es nuestra única salida. Recuerda el camino. Quizá debemos escapar rápido.

Se movieron con rapidez y cautela. Si la Legión se percataba de su presencia, posiblemente no lograrían escapar. Las irregularidades del terreno les daban reparo. Había cavernas bajo la superficie y peñascos que les permitían ocultarse de las patrullas de la Legión.

Alleria iba un poco más adelante que Turalyon buscando trampas o enemigos. Se detuvo a mitad del camino e inclinó la cabeza.

—Alguien estuvo aquí hace poco.

Turalyon desenfundó su espada con sigilo. Alleria le arrojó una mirada impasible.

—No, querido. No una patrulla. Otra cosa. —Señaló un risco cercano. Se veían algunas marcas en la superficie. Había una pequeña capa de ceniza fresca en el suelo. Se arrodilló. Aún estaba tibia—. Lumbre. Marcas de herramientas. Hay alguien viviendo aquí.

Turalyon dudó.

—Es difícil de creer, pero tal vez encontremos aliados en Argus.

Ella no tenía esperanzas.

—Para vivir bajo las narices de la Legión hay que saber ocultarse. Y hay que ser muy paranoico. No creo que los encontremos tan fácilmente. Aunque... —Examinó el risco con atención—. Quedarse en la superficie es casi un suicidio. Tienen que tener una manera de... Ah, ahí está.

Clic.

Encontró lo que buscaba. Giró una roca suelta y una pequeña parte del risco se abrió como una puerta para mostrar un pasadizo pequeño y angosto. Alleria asintió, satisfecha.

—Entonces *hay* personas que viven aquí y se mueven sin que la Legión se entere.

Turalyon tomó la delantera en los túneles sinuosos, usando solo una chispa de Luz para iluminar el camino. Durante horas, lo único que oyeron fue su propia respiración. En cuanto llegaban a una bifurcación, tomaban el camino que giraba en dirección al cañón.

Después de tantos años en el Vacío Abisal, habían aprendido a mantener su orientación sin guiarse por el sol, las estrellas u otros puntos de referencia.

A medida que se acercaban al cañón, Alleria empezó a sentir algo extraño. Su mente se agitaba. Miró a Turalyon y él asintió. Ambos sentían lo mismo.

Finalmente, una luz verde titilante comenzó a iluminar el camino. Un zumbido sordo y enloquecedor resonaba en las rocas. Turalyon vio una salida donde el túnel se ensanchaba. Alleria advirtió que no era producto de la naturaleza. Quien viviera ahí había tallado una abertura irregular en la superficie del risco para espiar a la Legión. Tal vez *había* resistencia en Argus. Turalyon se acercó sigilosamente para mirar.

Alleria lo seguía de cerca.

—¿Qué ves?

—No sé, Alleria. Juro por la Luz que no lo sé.

Levantó la cabeza. Desde allí miraba el cañón. Se veía una fractura infernal gigante sobre la corteza misma de Argus, helada a pesar de todo el humo y el vapor. Lo único que se oía era el sonido histérico de los martillos, la magia negra y los pasos de los demonios.

Habían visto algunas fortalezas en la superficie del mundo, aunque seguramente eran puestos de avanzada. Era *aquí* donde la Legión Ardiente fortalecía a sus ejércitos. Había forjas, reservas, cuarteles demoníacos y una infinidad de edificios, fosas y estructuras. Como la base del cañón no había sido suficiente, la Legión también había construido sobre las paredes.

Su mente se agitaba con más bullicio y le provocaba dolor. Turalyon se aferró al borde del risco con fuerza.

—Viene de esa dirección. —Señaló una zona más oscura del cañón, alejada de las máquinas de guerra, donde unas estructuras lúgubres y silenciosas acechaban en las sombras. Su arquitectura era diferente. Alleria descifró lo que era en poco tiempo. A lo largo de los siglos había visto cientos de fortalezas de la Legión, pero no se parecían en nada a estos edificios... Entonces, ¿por qué le resultaban tan familiares?

Le recordaban a las ruinas antiguas de Azeroth, anteriores a los primeros asentamientos de los Altonato. Eran ruinas de los titanes.

¿Por qué habría arquitectura de titanes en Argus?

¿Qué se escondería adentro?

Este pensamiento llamó la atención. Lo que fuera que se sacudía en su mente se había quedado en silencio. Había sentido su presencia. Sintió un ardor insoportable. El ojo de su mente explotó en llamas. Vio una esfera resplandeciente de poder puro. Estaba atrapada y forcejeaba para escapar de una prisión vil. Una prisión esmeralda.

Se detuvo. Observaba, escuchaba. La vio.

Gritó.

Un océano de pánico y terror invadió la mente de Alleria. Su mente se llenó de temor tan rápido que colapsó.

—¡Alleria! —Turalyon la rescató del borde—. ¿Qué sucede?

El pánico que ella sentía no era propio, no le pertenecía, así que se deshizo de esa sensación sin piedad.

—Está viva, Turalyon. Por la Luz. Está viva.

Turalyon observaba perplejo. Entonces debió posar su mirada sobre él, que retrocedió y quedó inmóvil mientras luchaba a gritos por recuperar su lucidez.

Alleria obligó a su mente a visualizar esta fuerza que los invadía. En las profundidades de Argus, yacía una criatura de un poder increíble, atrapada por las llamas verdes y corruptas de la vileza.

—No —susurró Alleria—. No puede ser la estrella esmeralda.

—Por la Luz... —Turalyon recuperó el aliento.

Volvió a gritar y su fuerza los hizo temblar. Alleria oyó algunos ruidos en el cañón. Los demonios estaban agitados y habían comenzado a moverse.

—La Legión sabe que algo anda mal —advirtió. La criatura luchaba contra sus cadenas y hacía temblar al mundo. Incapaz de escapar, volvió a gritar.

Pero esta vez intentó comunicarse. Alleria sintió que esas emociones incontrolables se transformaban en otra cosa: recuerdos. La criatura intentaba transmitirle toda su vida de una vez, en una ráfaga incontrolable. En ese instante, dominada por la fuente corrupta de poder arcano, su mente se transportó a otro lugar.

Este ser era mucho más poderoso que el esbirro de las Sombras. En ese momento solo vio destellos del destino. Ahora estaba inmersa en una historia que superaba la existencia del universo.

Parpadeó.

Primero fue energía que giraba libre en el cosmos.

Parpadeó.

Encontró calidez cerca de un sol, y a su alrededor se formó un mundo que lo protegía mientras crecía.

Parpadeó.

Sobre él vivieron y murieron cientos de generaciones.

Parpadeó.

Fue traicionado. Algo muy poderoso logró someterlo.

Parpadeó.

Dolor. Dolor. Mucho dolor. Solo en el sueño encontraba consuelo.

Parpadeó.

Esclavizaron mundos y los hicieron arder. Usaron su fuerza para revivir a las almas caídas. El dolor era insoportable.

Parpadeó.

Encontraron otro, mucho más poderoso. Querían esclavizarlo también. Y después nada los detendría.

Parpadeó.

Sus gritos de ayuda resonaron en todo el cosmos. Dos niños respondieron a su llamado. Dos luces brillantes.

Parpadeó.

Dos luces brillantes... de Azeroth. Un mundo similar a Argus.

Alleria logró liberarse. Ahora, yacía inmóvil sobre el suelo. Turalyon intentaba despertarla.

—¡Alleria, despierta! ¡Despierta! ¡Tenemos que irnos!

Se incorporó y lo tomó del hombro.

—¿Viste eso? —susurró.

—¿Qué cosa?

No lo había visto. ¿Por qué él no había visto nada? ¿Por qué *ella* sí?

—Argus tiene alma. Este mundo tiene *alma*. Azeroth también. Por eso la Legión quiere conquistarlo.

Un gesto de confusión se dibujó en el rostro de los dos. Él dudó apenas un momento.

—Xe'ra sabrá qué hacer. —Turalyon cerró los ojos y susurró—: No podemos liberarte por nuestra cuenta, pero volveremos a terminar con tu tormento. Lo juro ante la Luz.

Alleria se precipitó a los túneles. Los gritos demoníacos retumbaban en todo el lugar. La Legión sabía que había intrusos, pero aún no sabía dónde. Tomó a Turalyon de la armadura.

—Si no escapamos ahora, jamás lo haremos.

Rápidamente regresaron por el mismo camino. La Legión buscaría por todo Argus al responsable de alterar al alma del mundo. Si los demonios llegaban a la nave antes que Alleria y Turalyon, no podrían escapar.

Varias horas después, Alleria y Turalyon salieron a la superficie. No había demonios cerca. Una chispa de esperanza se encendió en su corazón. Tal vez no era demasiado tarde. Sin decir una palabra, ambos se lanzaron a correr a toda velocidad.

Llegaron a la cima de una colina. Su transporte estaba en la llanura, a tan solo unos cien pasos.

Pero parecían cien mundos de distancia.

La nave era la única forma de escapar de Argus y la Legión la había encontrado. Una cantidad incalculable de demonios la rodeaba. Eran *demasiados*.

Sin dudar, Alleria y Turalyon arremetieron. No tenían alternativa. Tampoco esperanza. La astucia de su ofensiva les valió algo de tiempo y lograron traspasar el frente de batalla de los demonios. Pero no era suficiente.

Cada flecha y cada golpe de espada derribaban a un demonio. Pero no era suficiente. Alleria blandió furiosamente su arco y destruyó a una docena de demonios con una guadaña de poder sagrado. Pero no era suficiente.

—No deben capturarnos —gruñó Turalyon—. No nos llevarán con vida.

—No lo harán. ¡Izquierda! —Turalyon se agachó hacia la izquierda y una flecha atravesó al demonio a punto de partir su cráneo. Alleria disparó dos flechas a la vez y asesinó a cuatro demonios. Pero no era suficiente.

Estaban de acuerdo. Era mejor morir que caer prisioneros. Si morían, la Legión no lograría conocer el paradero del *Xenedar*. Sus aliados estarían a salvo.

Pero sus muertes no beneficiarían en nada al Ejército de la Luz. ¿Acaso el destino los había traído solo para morir?

Ninguno morirá en Argus.

Las palabras de Xe'ra eran certeras y erradas a la vez.

Su progreso había empezado a decaer. El azote de las tropas infinitas de la Legión los debilitaba. Alleria vio que un círculo de eredar se acercaba con espirales de magia vil que se convertían en cadenas. Querían capturarlos con vida.

Ella seguía luchando. Pero no era suficiente.

No logro ver qué les sucede después de que llegan...

Xe'ra no había podido develar este fragmento del destino. ¿Por qué? ¿Por qué no había visto esto? ¿Por qué Turalyon no había accedido a la visión del alma del mundo?

¿Por qué?

De repente, la mente de Alleria quedó en silencio. La respuesta llegó, no en un grito... sino en un susurro, de una voz que no había oído nunca.

... porque ellos no son libres...

Turalyon y la Luz eran uno. Alleria, no. No todavía.

Y supo que nunca sería así.

La batalla se había estancado. Alleria y Turalyon no podían avanzar ni retroceder. El fin había llegado. La Luz no podía salvarlos.

—Volveré a ver a mi hijo —susurró Alleria. Lo sintió tan cierto como siempre. Incluso ante el abismo de lo inconcebible.

Conocía el origen de esa voz y sabía cuál era su deseo. Sabía que era su única salvación. Canalizó la Luz en un último ataque para abrirse un poco de espacio. Después se despojó de ella.

Recurrió al Vacío. La energía oscura empezó a fluir en su interior. No sabía cómo controlarla, pero no importaba. Una presencia lejana se encargó de todo. Esa presencia lejana quería que ella sobreviviera. Sentía que sus susurros enloquecedores invadían sus pensamientos.

De repente apareció un portal irregular tan oscuro como el rincón más recóndito del universo.

Turalyon giró, sobresaltado. Observó el portal, sorprendido.

—¿Alleria...?

El tono en que dijo su nombre le rompió el corazón.

Alleria dio un grito desesperado, tomó a Turalyon del cuello y lo arrastró a través del portal. Escuchó sus gritos de dolor al cruzar el umbral. *La Luz y las Sombras no pueden convivir.*

Aún sentía el pulso de él. Atravesar el poder del Vacío no lo había matado.

El portal se cerró bruscamente. Alleria se desplomó en el suelo, exhausta y sin aliento. Observó el caos turbulento y resplandeciente del Vacío Abisal sobre ellos. Ella y Turalyon estaban sobre una roca flotante donde apenas cabían los dos, en medio de la nada. Alleria se despojó de las Sombras. Las rechazó. Los susurros enloquecedores se disiparon.

Turalyon yacía de espaldas, adolorido. Alleria lo observó. Su alma estaba totalmente afligida por lo que había hecho y por lo que estaba a punto de hacer.

—Estamos a salvo. Lejos de Argus —dijo.

Él se incorporó con lentitud. Sus ojos reconocieron el caos del Vacío. No pudo hacer más que observarla fijamente.

—¿Qué... qué hiciste?

Ella se quedó en silencio. Quería mentirle, pero no podía volver a hacerlo.

—Alleria. —Intentó alcanzarla, pero ella se alejó—. Alleria, ¡por favor! ¿Por qué? ¿Por qué?

Su voz sonaba tranquila.

—Eso mismo me pregunté. *¿Por qué?* Hasta que lo comprendí. No teníamos que morir en Argus hoy. Xe'ra lo sabía, solo que ella no podía ver cómo escaparíamos. No podía ver que las Sombras eran nuestra salvación.

—¡Preferiría haber *muerto* a verte caer ante la maldad!

—Lo sé. Y sin embargo, mi destino no ha cambiado. Volveremos a ver a nuestro hijo. Derrotaremos a la Legión.

—Alleria... —La voz de Turalyon estaba cargada de terror—. Podemos revertirlo. Suplica perdón. Renuncia a las Sombras. Estoy seguro de que Xe'ra te ayudará.

Él no entendía, pero Alleria no podía culparlo. Ella solo comprendía partes de lo que había hecho.

—Mi destino fue seguir el camino de la Luz por mucho tiempo. Ahora, tengo que aprender a sobrevivir en un camino nuevo. —Solo deseaba saber qué había al final.

Él se acercó y la tomó de las manos.

—Esta no es la manera...

El roce de sus manos le provocó un gran dolor. Los dos retrocedieron. *La Luz y las Sombras no pueden convivir*. La soltó y observó sus manos, perplejo.

—Busca cómo regresar al *Xenedar*. El Ejército de la Luz te necesita. —Otro portal oscuro e irregular se abrió a su lado—. Entiende que no somos enemigos. Ni ahora, ni nunca. Créeme, Turalyon. Necesito que me creas.

—Alleria, espera...

—Te veré del otro lado, amor mío.

Ella quería quedarse. Lo único que quería era abrazarlo, renunciar a las Sombras y volver a la Luz. Pero tenía que proteger a Azeroth. Si su destino era caer ante la oscuridad, tendría que aprender a soportar su poder.

Y si no lo lograba, lo mejor sería estar lo más lejos posible de sus seres queridos, por el bien de ellos.

Se arrojó hacia el portal. Lo último que vio antes de que se cerrara fue a Turalyon con los brazos extendidos y lágrimas que rodaban por sus mejillas.

Era como si la estuviera viendo quitarse la vida.

Y ella no podía negar que fuera cierto.

Tercera parte: Sombra y Luz

—Comprendo tu trato, Alleria Brisaveloz. Pero debo preguntarte: ¿y tú?

Alleria no parpadeó.

—¿Importa?

—A mí no.

Alleria comprendía el *trato* a la perfección. Pero las *consecuencias*... el precio que tendría que pagar...

En fin. Todo a su tiempo. Antes de destruir a la Legión Ardiente, debía escapar de ella. Su captura no había sido *precisamente* parte del plan, pero las circunstancias exigieron un poco de improvisación. Al menos la había acercado a su premio. Habían pasado quinientos años de búsqueda. Su objetivo estaba ahora al alcance de la mano.

—Pronto tendremos que actuar. Creo que ya he agotado su paciencia. Prepárate, Caminante intersticial.

Se oyeron risas desde la jaula que flotaba sobre ella.

—He estado aquí mucho más tiempo que tú, Brisaveloz. Estoy más que listo para irme.

—Bien. —Alleria había vigilado a los interrogadores de la Legión. Últimamente, la frustración ante su voluntad inquebrantable era cada vez más visible. No quedaba mucho tiempo—. Esto será desagradable.

Desde la jaula de la otra criatura brotaron luces color violeta.

—Y ahora comienza la primera lección. Es una técnica simple y muy desagradable. Escucha con atención.

Alleria cerró los ojos y abrió la mente. Las advertencias de Xe'ra resonaron en su cabeza. No les hizo caso. Ya estaba comprometida con ese camino.

Lo único que esperaba era soportarlo.

* * *

La lucha en Argus había cesado por un momento. Pero no por mucho tiempo.

Turalyon caminó por el salón con paso firme, detrás de la fila de vanguardia.

—¡Prepárense! Defiéndanse de la primera oleada y retrocedan. ¡Debemos hacerlos entrar a *todos!*

Pasó junto a Lothraxion. El nathrezim le devolvió la mirada.

—¿Podremos darles tiempo suficiente? —Turalyon no dijo nada, y fue respuesta suficiente. Lothraxion gruñó—. Bueno, al menos podemos herir el orgullo de la Legión.

Un estruendo de pisadas firmes y armas invadió los pasillos. Se oía cada vez más fuerte. Turalyon sujetó su espada. Luz, cómo deseaba que Alleria estuviera a su lado.

—¡Ahí vienen!

Un grupo de demonios salvajes atravesó la pequeña entrada, liderados por tres nathrezim. Lothraxion los recibió con una carcajada, espada contra espada

—¡Me alegra volver a verlos, *hermanos!* —Luz y vileza se entrelazaron en un furioso espectáculo.

Peleaban en un pasillo angosto. Demasiado estrecho. La Luz logró defenderse contra fuerzas mayores en número por el momento. Un demonio atravesó las filas delanteras, pero la espada de Turalyon lo derribó. Miró hacia atrás. Sus artificieros trabajaban en la construcción de fallas en la cámara principal.

—¿Está listo? —gritó.

Uno respondió con un grito agudo de frustración.

—¡Ya casi! Necesitamos... un poco...

—Se nos acaba el tiempo. ¡Retrocedan y abran la falla! —Turalyon se volvió hacia su ejército y alzó la voz—. ¡Retrocedan! ¡Retrocedan!

Sus soldados obedecieron con calma, retrocedieron al unísono y se ocuparon de los pocos necios que arremetían solos. Se retiraron del pasillo hasta una sala amplia de techos altos, una cámara donde la Legión Ardiente guardaba sus barreras de fallas. Después de siglos de asaltos, la Legión finalmente había dilucidado cómo evitar que el Ejército de la Luz abriera fallas en Argus para ataques fugaces. Las barreras los detuvieron de inmediato.

Esa ofensiva era una estrategia desesperada. El ejército de Turalyon no sabía cómo funcionaban las barreras ni cómo destruirlas. Pero era un riesgo que todos estaban dispuestos a correr. Si triunfaban, recuperarían el acceso a Argus. Podrían amenazarlos con capturar el alma del mundo y sembrar el pánico entre las filas de la Legión, e incluso obligar a la Legión a ponerle fin a su invasión en Azeroth.

Pero no habían triunfado. Y ahora, todos los demonios de Argus se acercaban.

Lothraxion tenía razón. Solo les quedaba lastimar el orgullo de la Legión. Pero Argus estaba en el Vacío Abisal. Los demonios que asesinaran jamás volverían a levantarse.

La retirada del ejército a la cámara fue todo un espectáculo. Los demonios surgieron desde los pasillos y se precipitaron a la sala abierta tan decididos a perseguir a las fuerzas de Turalyon que no advirtieron que había dos paladines esperándolos a cada lado de la puerta. Cuando Turalyon no vio más que demonios, dio la orden.

—¡Ahora!

El ejército dejó de retroceder. Los dos paladines de la puerta regresaron al pasillo con los brazos extendidos. Se liberó un poder sagrado. Los demonios chillaban ante ellos mientras la Luz los consumía a todos.

Los que ya habían llegado a la cámara se voltearon y se encontraron con Turalyon y su grupo de asalto. La batalla terminó rápido y fue desigual. Tal como Turalyon había planeado.

Uno de los paladines, un comandante de nombre Rosallas, salió rengueando del pasillo. El otro no volvió a aparecer. Turalyon le dedicó una plegaria en voz baja y luego alzó la voz hacia los demás.

—Es hora de irnos —dijo.

El transporte de los paladines seguía activo. Fue necesario que cayera físicamente en Argus, pero ahora que estaba aquí, podía abrir una falla hacia el *Xenedar*. El ejército se escabulló por la abertura estrecha, cruzó una distancia vasta en un instante y volvió a quedar a salvo. Turalyon fue el último en atravesarla. La falla no se cerraba, y los demonios se apresuraban para cruzarla.

—Ciérrala —le ordenó a Rosallas.

—No puedo. Hay algo que... —Una ráfaga de viento entró en el *Xenedar* y, finalmente, la falla se cerró. El paladín parpadeó y se encogió de hombros—. Disculpe, Alto exarca. Algo estaba bloqueándola.

—No me sorprende. A la Legión le encantaría invadir este lugar —dijo Turalyon apesadumbrado.

Fue la última vez que se infiltrarían en Argus. No había duda. *No* podrían volver a tomar por sorpresa a la Legión con los transportes del *Xenedar*.

Por el momento, el Ejército de la Luz estaba atascado allí, oculto en el Vacío Abisal.

Lothraxion palmeó a su líder en el hombro.

—Fue una buena pelea, Turalyon. Nos guiaste muy bien hoy.

Turalyon le estrechó la mano.

—Peleaste admirablemente. Como todos. Diles que he dicho eso.

—Así lo haré, Alto exarca.

Turalyon observó su retirada. Sí, contra todos los pronósticos, habían perdido solo a una tropa. Pero la Legión había ganado.

La guerra de mil años contra la Legión había logrado mucho. Había liberado a prisioneros de destinos peores que la muerte. Había retrasado la invasión demoníaca de Azeroth. Y ahora había llegado a su fin, no con una última victoria, sino con una pequeña escaramuza y un muro que el Ejército de la Luz no había logrado derribar.

Turalyon se dirigió cansado hacia las profundidades del *Xenedar* en busca de Xe'ra. Le informaría de su fracaso. Y no habría respuesta. Ella había previsto que los campeones que luchaban en Azeroth eran la única esperanza de derrotar a la Legión Ardiente. Su mente estaba concentrada en repeler la invasión.

Eso le dolía a Turalyon, quizá más que cualquier otra cosa. Ella sabía que él iba a fracasar, y no había intentado ayudarlo a vencer el destino.

Luz, ojalá ella tuviera éxito. Hasta que así fuera, él no podía hacer nada.

* * *

El aprendiz de inquisidor flotaba sobre su estrado, por encima de Alleria, y los lazos de magia vil enviaban agujas de dolor que le atravesaban la mente.

—Dime cómo encontrar el *Xenedar* o sufrirás por toda la eternidad.

La Legión Ardiente había demostrado mucha creatividad para la tortura cuando Alleria llegó a Niskara. Los demonios eran expertos en interrogación, capaces de romper voluntades inquebrantables con métodos ingeniosos. Hubo momentos en los que realmente tuvo miedo de ceder ante la agonía... o al menos revelar que ella *había querido* que la llevaran a esa prisión.

¿Pero esto? Esto era francamente lamentable. Se le hacía difícil ocultar su desprecio. El alto inquisidor era un maestro de su oficio. El aprendiz no tenía imaginación.

El inquisidor extendió la mano. Abrió sus dedos de garfas largas para revelar un pequeño cristal negro y pulido. Alleria ya había visto algo así antes. Era una piedra de alma.

—Es un regalo de Kil'jaeden. Será una recompensa para alguien que conociste hace mil años. ¿Comprendes, Brisaveloz? Si no obedeces, tu alma le pertenecerá a este demonio para siempre.

—Como abalorio alrededor de su cuello —murmuró Alleria.

—Ah, veo que comprendes bien. Pero quizás eso es lo que quieres. Cuando llegue, tu alma y la de tu amante se reunirán en gritos de agonía hasta que las estrellas sean polvo. —Cerró las manos en un fingido gesto de adoración—. Será tan romántico.

Alleria no respondió.

El inquisidor suspiró decepcionado.

—¿Necesitas más motivos para que te convenza? Muy bien. —Movi6 la mano y los lazos de vileza desaparecieron. Alleria cay6 al piso fingiendo estar exhausta.  se le acerc6 lentamente, ideando una nueva tortura que no tendría oportunidad de usar.

Alleria respir6 hondo.

—Saldemos nuestro trato, Caminante intersticial —dijo ella.

Alleria se levant6 con brusquedad. No tenía armas físicas. Los inquisidores le habían bloqueado el acceso a la Luz. Pero ni astucia de la Legi6n habría imaginado que una guerrera del Ej6rcito de la Luz habría aceptado a la Sombra.

Un poder oscuro le corría por las venas. Las voces del Vacío regresaron a ella, mareadas, delirantes. Sigui6 las enseñanzas del Caminante intersticial. Extendi6 una mano hacia el inquisidor. La otra, hacia la jaula del Caminante. La jaula y el demonio, que no tuvo tiempo ni de gritar, explotaron en pedazos.

Alleria esper6, con el oído atento. No oy6 ninguna alarma. Tampoco gritos de furia. El inquisidor se había confiado tanto que no había traído guardias ni invocado ojos guardianes. No había testigos.

El Caminante intersticial surgi6 de las ruinas de su jaula. Era un et6reo, una criatura de energía pura. Cuando lo capturaron, habían destrozado sus protecciones. Era una masa amorfa de poder irregular.

—Buen golpe, Alleria. He tenido estudiantes peores.

Mir6 a su alrededor. Por un momento consider6 buscar su arco, pero sabía que no había tiempo. Pronto advertirían la ausencia del inquisidor.

—Debemos irnos.

—Sí, ya lo creo. —De su interior brotó magia de las Sombras. Un portal se abrió ante ellos—. Yo debo recuperarme y tú, entrenar. Hay un lugar donde podemos hacer las dos cosas.

Alleria dudó. Se arrodilló junto a los restos del inquisidor. El etéreo temblaba de impaciencia.

—¿Qué estás esperando?

Levantó la piedra de alma.

—Esta era para mí. Temo que haya otra para una persona que aprecio muchísimo.

Las palabras del etéreo no transmitían piedad.

—Nuestro trato no me obliga a esperar a que estés lista. Decide cuál es más importante. Ahora.

Alleria le lanzó una mirada furiosa, pero no había que tomar ninguna decisión.

—Él se esconde en el Vacío Abisal. No sé cómo encontrarlo.

—Lo encontrarás. Si sigue vivo cuando termines.

—Entonces vamos.

Atravesó el portal. Los cielos arremolinados de Niskara se desvanecieron. Y en su lugar... nada. Ni sonido. Ni viento. Ni suelo. Solo un silencio agobiante. Lo único que emanaba un poco de luz era el resplandor del etéreo. Alleria flotaba libremente.

—Hasta que aprendas a sobrevivir aquí, será mejor que no llames mucho la atención. Bienvenida al Vacío, Alleria Brisaveloz.

—¿Por dónde comenzamos?

—¿Qué tal unos asesinatos más? No. Eso te sale naturalmente. Quizás algo más... fundamental. —Latió, y la Sombra comenzó a retorcerse ante él—. Hablemos sobre conservar tu cordura. El Vacío hará todo lo que pueda para quebrar tu voluntad.

—Eso puede ser un problema.

—Sin duda.

* * *

—Despierta, Turalyon. Despierta.

Turalyon abrió los ojos. Sentía un dolor agudo en el pecho. Lo ignoró y se incorporó.

—¿Qué sucede?

Lothraxion estaba de pie en el pasillo.

—Encontré un cadáver.

—¿Cómo?

—En el fondo del *Xenedar*. Es de una mujer, Turalyon. Lo siento —dijo.

Turalyon se paró de golpe.

—Dime que no es ella. —Lothraxion no dijo nada, y fue respuesta suficiente. Tenía el rostro inundado de tristeza. A Turalyon se le hundió el corazón—. Llévame.

Salieron inmediatamente hacia las profundidades del navío. Turalyon se esforzaba por contener sus emociones, pero sus pensamientos lo atormentaban como una vorágine. Hacía siglos que no veía a Alleria. Había hecho un duelo. Creyó que la había perdido para siempre. Pero este nuevo dolor que sentía en el pecho crecía con cada latido. Con ayuda de la Luz, quizás había sentido su muerte. Quizás...

No. Turalyon se enderezó. No podía caer en la depresión. No hasta saberlo con certeza. ¿Como podría estar su cadáver aquí, en el *Xenedar*?

Llegaron a la sala de cristales del navío, el lugar desde donde fluía el poder del *Xenedar*. Ninguno de los artificieros estaba en su puesto. La nave estaba oculta, no había necesidad de que mantuvieran una vigilancia constante.

Lothraxion guio a Turalyon hasta el fondo.

—Por aquí, Alto exarca.

Detrás de la última estructura de cristal, entre las sombras, Turalyon vio un cadáver.

—Luz, no —exhaló. Entró enseguida y se arrodilló ante ella, con los brazos extendidos.

Se quedó sin aliento. No era Alleria. No era una mujer. Ni siquiera era un cadáver.

En el suelo estaba... Lothraxion. Su pecho se movía. Tenía los ojos muy abiertos. Siseaba palabras entre labios inmóviles.

—... *detrás... de ti...*

Turalyon se levantó de golpe y giró. Se abrió a la Luz, invitando a su estruendoso poder como juicio justo para el impostor que...

—¡Aaah!

El dolor en el pecho se hizo más agudo, comenzó a perforarle el alma. Turalyon no podía moverse. La Luz había escapado de su control. No podía pronunciar ni una palabra. Apenas podía pensar. Titubeó, se inclinó, se desplomó y quedó completamente inmóvil.

La criatura que se veía como Lothraxion caminó a su alrededor con una sonrisa perversa.

—Te dije que volveríamos a vernos, humano —dijo. Con un gesto simple, disipó su disfraz. El asesino eredar de Draenor se le acercó y le mostró su daga. Tenía una pequeña gota de sangre roja, mezclada con venenos viles que lanzaban humo y chispas—. Podría haber

acabado con esto mientras dormías, *Alto exarca*, pero recordé que conservar tu alma llevará tiempo, y necesitaré un lugar tranquilo para terminar mi trabajo. —El eredar se volteó hacia Lothraxion—. Y después pensé en lo complacido que estaría Kil'jaeden de volver a verte, traidor.

Lothraxion comenzaba a moverse. El veneno debía estar desapareciendo.

—... *La Luz... te quemará...*

El asesino hundió la daga en el antebrazo de Lothraxion, y el nathrezim quedó paralizado.

—No te preocupes. Sobrevivirás. Verás cómo tu Alto exarca, una de las luces brillantes de Azeroth, se convierte en mi preciado trofeo. —El eredar llevaba entre dos dedos una pequeña piedra de alma negra. Se la mostró a los dos. Después enfrentó a Turalyon—. Quiero que sepas que Alleria Brisaveloz está viva. La Legión Ardiente la tiene enjaulada. Cuando haya recogido tu alma, recogeré la de ella. Estarán juntos por siempre, junto a mí, tal como prometí. En todo momento sentirás su sufrimiento con la misma intensidad que el tuyo.

La piedra de alma flotaba sobre Turalyon. Trató de armarse de cuanto voluntad pudiera para resistir el veneno que lo dejaba indefenso. Intentó dar pelea. Intentó gritar. Intentó blandir la Luz. Intentó llamar a Xe'ra. No emitió sonido alguno. No movió ni un dedo.

El asesino comenzó a trabajar riendo entre dientes.

* * *

—La Sombra sanará tus heridas. La Sombra te mostrará tu destino.

Alleria se disgustó

—No te metas con mis recuerdos.

La envolvió el sonido de una carcajada.

—No podría, ni aunque lo intentara. Sabré todo de ti cuando esto haya terminado. ¿Empiezas a arrepentirte?

—No.

—Entonces, comencemos. Hasta ahora fuiste una estudiante sobresaliente, Alleria Brisaveloz. Pero apenas has tocado la Sombra. Para comprender verdaderamente tu destino, la Sombra y tú deben ser una. —El poder del etéreo palpitaba silencioso—. Y he ahí el peligro. Crees que el Vacío es tu enemigo. Y él piensa lo mismo de ti. Por ahora. Su propia naturaleza es hostil a lo que tú conoces como *vida* y *cordura*. —La oscuridad que los rodeaba parecía estar cambiando—. Pero sin las Sombras, jamás habrías sobrevivido.

La oscuridad tocó a Alleria. Las voces que había aprendido a ignorar se tornaron ruidosas. Muy ruidosas. Alleria no podía alejarlas. No podía resistirse. Pero el Caminante intersticial siguió hablando, guiándola por la tormenta.

—Ya comprendes una verdad, Alleria. La luz es ciega. No puede ver todo el destino, porque no es la única responsable por él. Tu camino estaba envuelto en la Sombra y por eso estaba oculto de la Luz. —La fortaleza de sus palabras era un ancla a la que aferrarse mientras los torrentes de oscuridad la sacudían—. Ahora, comprende otra verdad. La Sombra es igualmente ciega. Vio que tu destino se cruzaba con el suyo y se regocijó. Pero ella también ve solo un fragmento del destino. Y ese fragmento no se parece a nada que hayas vivido hasta ahora.

Alleria comenzó a tener visiones. Visiones sumamente terribles.

Vio el movimiento de la Luz en el cosmos, como una depredadora voraz. La vio tocar las mentes de los mortales de Azeroth, un toque que los corrompía para siempre. Vio a generaciones vivir y morir con cadenas invisibles, atados a una fuerza que les concedía momentos de paz pasajeros a cambio de total obediencia.

Vio guerras. Vio que las fuerzas de la Luz contraatacaban al Vacío. Vio mundos oscurecidos ardiendo en el fuego sagrado. Vio millones de criaturas encerradas en cristales luminosos grandes como montañas, alimentadas por la Luz e incapaces de morir. Los Guerreros de la Luz eran monstruos que corrompían y consumían todo lo que tocaban.

Y siguió viendo más y más y más cosas, hasta que no pudo comprender más.

—Mentiras —susurró—. Puras mentiras.

—Que te quede grabado en el corazón —dijo el Caminante intersticial—. Compréndelo, y jamás lo olvides.

—No... ¿Qué...?

El Caminante intersticial la hacía flotar con firmeza.

—Has conocido a la Sombra como una mera suma de horrores. La Sombra ve a la luz de la misma forma. Ninguno de los puntos de vista es cierto. Ninguno es erróneo. —El rugido del Vacío apenas le permitía oír su voz. Los maestros del Vacío le estaban desgarrando la mente. Apenas pudo defenderse—. La Luz busca un camino y ve al resto como mentiras. La Sombra busca todos los caminos posibles y los cree certeros.

Más visiones. Futuros posibles. Vio a Xe'ra, la Madre de la Luz, declarándola hereje y ordenando su ejecución. Vio su sangre en la espada de Turalyon. Vio a Arator reuniendo a un ejército de paladines para cazarla, solo para terminar con las flechas de Alleria en la garganta. Se vio arrodillada ante El Durmiente bajo las olas de Azeroth. Se vio asesinándolo y tomando su puesto, dirigiendo una banda de horrores que consumiría todas las naciones.

Cuanto más se sumergía en la Sombra, más ciertas parecían las visiones. Al principio.

Lentamente, comenzó a distinguir los recuerdos de la Sombra... los planes de la Sombra y los... *deseos* de la Sombra. Y entonces...

El destino. Vio lo que era invisible para la Luz. Vio lo que era invisible incluso para la *Sombra*, porque, sí, era igual de ciega.

Vio decisiones terribles. Traiciones nobles. Vio... la victoria, de una forma que apenas podía comprender.

Y entre todo eso, vio un sinfín de acontecimientos que jamás ocurrirían. Las mentiras de la Sombra eran fuertes, embriagadoras, pero se derrumbaron velozmente.

Quizás algún día caería en la locura. Quizás algún día traicionaría a sus aliados. Era capaz de hacerlo. Pero jamás, de ninguna manera, bajo ninguna circunstancia, lastimaría a su hijo. Jamás le levantaría un dedo a Arator. Incluso si él la matara por quien era ahora, lo aceptaría con gusto. El peso de *esa* verdad la mantenía a flote. Y sentía la confusión de la Sombra. No comprendía los lazos entre mortales. No comprendía que había ciertas cosas que no podían corromperse.

Surgió otra verdad, algo que ocurriría muy pronto. Nadaba por la Sombra antes de que lo exigiera su destino.

—Estás lista, Alleria. Cada gramo de poder ahí fuera estará a tu disposición. Sumérgete en él. Tu mente seguirá siendo tuya.

Sin duda estaba *lista*. Pero todavía no era *hora*. Se había visto a sí misma lanzándose de un risco, entregándose con toda paz a la caída. Cuando llegara la hora, no habría opción ni alternativa. Ahora podía escapar, y su destino se lo *exigía*.

Alleria quería encontrarle sentido a todo. Acudió al Vacío en busca de respuestas. No las encontró, y contactó instintivamente a la Luz. Las fuerzas chocaron con un golpe de dolor encefalizador. Pero divisó una verdad: vio a Turalyon gritando en silencio mientras le arrancaban el alma del cuerpo.

Eso no era pasado ni futuro. Estaba sucediendo en ese momento. Estaba segura.

—Libérame. ¡Libérame!

—No hemos terminado, Alleria. No importa qué tan aterrador parezca, debes...

Alleria se descontroló. Todo el poder oscuro en su interior se lanzó contra el Caminante intersticial. Con un rugido de sorpresa, liberó su mente.

Sin aliento, expulsó a la Sombra. Era libre de nuevo flotando en la oscuridad.

El Caminante intersticial la miraba, furioso.

—Cobarde. No debería haber esperado nada de una mortal. —Estaba reuniendo poder, su intención era contraatacar.

Alleria lo ignoró. Sacó la piedra de alma que le había arrebatado al inquisidor de Niskara. El cristal negro ahora brillaba de color verde.

—Lo sabía. Que la Luz me ayude, sabía que era real.

El Caminante intersticial se detuvo.

—¿Qué fue lo que viste?

—Turalyon está a punto de morir.

El etéreo le arrancó la piedra y la analizó con cuidado. Ahondó en ella con su poder y rio.

—Te has hecho un enemigo bastante terco, Brisaveloz. —No llegaba a entender si hablaba del asesino o de él mismo—. El Vacío usará tu amor en tu contra. Lo entiendes, ¿no es cierto?

—Puede que Turalyon muera algún día, pero no *hoy*, o estaré perdida.

El etéreo resplandeció.

—Recuerda lo que dije sobre la verdad y la mentira.

—Esa verdad no vino del Vacío. Esa verdad estaba *cambiando* el Vacío.

Volvió a observar la piedra de alma.

—Qué interesante. Quizá tengas un destino único, Brisaveloz. Ve hacia él. Te he enseñado cómo. —Le devolvió la piedra de alma.

Alleria dudó.

—No sé dónde está el *Xenedar*.

—Sí, lo sabes. Tienes su ubicación en la mano.

Le llevó un momento entenderlo. Pudo ver el trabajo del eredar en la piedra porque las piedras estaban *vinculadas*. La intención del asesino era llevarlos a los dos juntos en el cuello.

No necesitaba saber dónde se encontraba el eredar, porque sabía dónde estaba la otra piedra.

Volvió a mirar al Caminante intersticial.

—Supongo que nuestro trato ha terminado.

—Ah... Creo que volveremos a vernos —la corrigió.

Utilizó la piedra de alma, siguiendo las enseñanzas del Caminante intersticial. El portal hacia el *Xenedar* se abrió al instante.

* * *

La Luz no podía salvar a Turalyon. Él lo había aceptado. Pero todavía podía consolarlo. Sin ella, Turalyon se habría expuesto completamente a la agonía de que le arrancaran el alma palmo a palmo. Mantuvo los ojos cerrados, pues no quería ver a su espíritu abandonando su cuerpo.

Aun así, el dolor era casi insoportable.

—La Luz brilla sobre todos nosotros —trató de decir. El sonido de los hechizos del asesino lo ensordecía, no sabía si las palabras le salían de la boca. De todos modos, siguió rezando—. Que el mal huya ante la rectitud; que los inocentes vivan en paz. Que llegue el día en que nadie tema. Por ese día, entrego mi vida con gusto.

Su atormentador debió haberlo escuchado.

—Me pregunto cuántos años tienen que pasar para que me supliques piedad, aún con la certeza de que no te daré ni una pizca.

Turalyon sintió un soplo de aire frío que le recorría la cara. No tenía olor, como si jamás hubiese tocado algo con vida.

Y después oyó un grito. Pensó que era su propia voz, finalmente rendida ante el dolor. Pero no era su voz. Era la del asesino.

—Tenías razón. Era nuestro destino volver a vernos.

Turalyon abrió los ojos. Era ella. Alleria. Envuelta en la oscuridad. No sentía Luz en su interior.

El asesino emitió un chillido y blandió una daga. El demonio se abalanzó contra ella para cortarle la garganta.

Alleria ni siquiera levantó una mano. Un humo negro se fusionó en el aire y formó una púa curva contra el pecho del asesino. Turalyon vio que la punta de ese humo salía por la espalda de la criatura con un chorro de sangre. El eredar se desplomó. Tenía los ojos abiertos y movía la boca sin emitir sonido.

Alleria dio un paso adelante.

—Nuestras almas alrededor de tu cuello. ¿Ese fue el destino que viste? Yo he visto otro. — Levantó las manos. Entre ellas se juntó magia oscura.

El asesino, con los ojos saltones y jadeando, se desvaneció sin más. La realidad se plegó sobre él y desapareció.

Alleria se arrodilló junto a Turalyon y observó la piedra de alma flotando sobre su cabeza.

—No puedo arreglar esto. No por mi cuenta. —Miró a Lothraxion—. Siento veneno en tus venas. Perdón. Te dolerá.

Dobló los dedos. Lothraxion convulsionó y gritó. Turalyon vio que un humo verde y repugnante dejaba un rastro debajo de las garras del nathrezim. Goteaban sangre y líquidos ardientes. Estaba arrancándole el veneno del cuerpo a través de la piel.

De pronto, había terminado, y Lothraxion volvió a moverse. Enseguida se puso de pie, respirando con dificultad.

—Alleria... ¿Qué te ha pasado...?

—Salva a Turalyon. Por favor. Tengo que acabar con esto. Ese demonio ha amenazado a mi hijo.

* * *

La criatura corrió. Corrió y corrió y corrió. Se deslizaba entre reinos. Bailaba entre un Vacío y el otro. Se arrancó la púa de Alleria del pecho. El arma se disolvió y no quedó rastro. El eredar jadeaba de dolor. Con cada paso, susurraba:

—Debo escapar. Debo escapar. Debo escapar.

El demonio llevó distintos nombres en su vida. Ahora solo respondía a la tarea que Kil'jaeden le había asignado: la Erradicación. Lo criaron para alzarse entre sus hermanos. Lo moldearon. Lo formaron. Lo atormentaron. Las habilidades del demonio habían mejorado. Incluso los demás eredar le temían. Y con razón: podía esconderse en distintas dimensiones, cambiar su apariencia en un instante y localizar a aquellos cuyos destinos atentaban contra la Legión Ardiente.

Y luego lo habían asesinado. En Draenor. *Por ella.*

Kil'jaeden lo había castigado. Y luego había hecho al demonio más poderoso que nunca. El proceso había llevado siglos.

Y ahora Kil'jaeden deseaba que el eredar lo asesinara a *él*. A Turalyon. Después de *él*, le habían prometido a *ella*. Le habían dado los medios para conservarlos y atormentarlos eternamente.

Pero *ella* había escapado. Y había...

Había cambiado. Dominaba el camino del olvido.

Sabía cómo comandar la muerte final.

—Debo escapar. Debo escapar. Debo...

Una materia oscura le rodeó el cuello. El demonio gritó cuando detuvieron su danza y lo llevaron de un tirón de regreso al *Xenedar*. De regreso al Vacío Abisal.

El eredar se puso de pie enseguida, siseando a través de sus dientes afilados. Sus dagas le daban vueltas en las manos y cortaban los lazos de Sombra. Con una carcajada

desesperada, lanzó sus hojas envenenadas contra la mujer. Ella lo había arrastrado hasta *allí*, al único lugar donde podía *morir*, y...

Las hojas se detuvieron en el aire. Ella avanzó hasta franquearlas.

—¡Kil'jaeden! ¡Sálvameeee!

—¿Está mirándote? —Alleria avanzó y acortó la distancia—. ¿Eres una de sus mascotas favoritas?

El demonio conjuró más dagas, aullando de miedo. Todas se desvanecieron sin llegar a golpearla. Siguió caminando hacia él. Un paso. Otro paso. Otro paso. Una púa se lanzó contra su hombro izquierdo.

El eredar siguió lanzando dagas con el brazo derecho, no se le ocurría otra cosa.

—Sálvame —volvió a gritar.

Otra púa. El otro brazo del demonio quedó sin fuerzas.

—Sé a qué le temes —dijo ella—. Sé a qué le teme la Legión Ardiente. Sé lo que llevó a tus amos a su terrible cruzada.

El eredar sintió la decepción de Kil'jaeden. Había oído sus gritos... y los había ignorado.

Y después se encontró ante ella.

El demonio se desplomó. Ni siquiera podía levantar los brazos para suplicar piedad. Lo único que pudo hacer fue susurrar una última súplica.

—Por favor... por favor... por favor...

Se arrodilló ante él y cruzaron miradas. Toda esperanza murió con sus palabras.

—Prometiste asesinar a mi hijo.

Su daga le atravesó la garganta sin dificultad. El demonio no emitió sonido. Se limitó a observarla, sin parpadear, mientras le drenaba la vida.

—Es un final fácil —dijo ella suavemente—. Podría haberte entregado a los maestros del Vacío. Ellos te habrían cambiado. Y yo ya habría *terminado* con esto.

Detrás de ella, en la otra punta de la sala, estaban Turalyon y Lothraxion. Observaban. El demonio vio asombro en sus ojos. Vio miedo.

Después todo desapareció. Fue un alivio.

* * *

Turalyon sufría. Le dolía todo el cuerpo. No era solo dolor físico. Los pensamientos, el alma misma, palpitaban de agonía. Pero había sobrevivido. La piedra de alma descansaba en el piso, inmóvil, no era más que un trofeo. Lothraxion lo ayudó a levantarse. Alleria estaba

volviendo. La sala de cristales era extensa. Él observó cada uno de sus pasos con la mente atontada, apenas podía pensar.

Se detuvo frente a él. Parecía exhausta.

—Me alegra volver a verte —dijo ella.

Quería decirle lo mismo. Quería decirle que la amaba y que nada podría cambiar eso. Habría sido cierto. Pero no le salían las palabras. No todavía. Y ella parecía comprenderlo.

—Mi destino no termina en la Luz. Termina en la oscuridad. Lo he sabido por mucho, mucho tiempo. —Ella lo miró a los ojos, sin parpadear—. Y si no sigo ese camino, te pondré a ti, a Arator y a todo Azeroth en peligro. Por favor, créeme.

Lothraxion los interrumpió.

—Yo he vivido la oscuridad, Alleria. He visto criaturas perdidas. No eres una de ellas. No has cruzado la línea.

—La cruzaré, algún día —dijo sin rodeos.

El nathrezim se burló.

—En nombre de la Legión he cometido un sinnúmero de actos imperdonables. Participé en cientos de *genocidios*. Pese a todo, la Luz me redimió. No te abandonaré, Alleria Brisaveloz. No tan fácilmente.

Turalyon analizó su cara. La conocía demasiado bien. Apreciaba las palabras de Lothraxion... pero ella no le creía.

—Alleria, anda. Vete.

Sus ojos mostraron dolor.

—No.

—Ojalá pudieras quedarte. —Las palabras de Turalyon no llevaban enojo, solo una verdad agonizante—. Xe'ra no lo permitiré. Te hará... *Debes* irte, Alleria. Mientras puedas. No sabes lo que hará.

—Sé *exactamente* lo que hará. Y sé lo que vendrá después.

Una presencia intensa y terrible inundó la sala. Turalyon sintió la ira divina alrededor de Alleria. Se acercó a su lado.

—Xe'ra, por favor, ten piedad —dijo.

Le advertí lo que sucedería si simpatizaba con la Sombra. Y ahora se atreve a profanar este lugar.

Lothraxion se arrodilló ante el poder arremolinado de la Madre de la Luz.

—Escucha mis palabras. La dama Alleria Brisaveloz regresó para salvarnos a pesar de saber que no la aceptarían aquí. Valor, honor, altruismo... aún lleva esas virtudes en el corazón.

Las virtudes no sirven de nada cuando uno se aparta del camino que la Luz ha elegido.

Y aun así, a pesar de su ira, Xe'ra vacilaba.

Turalyon abrió la mente para ella, le dejó ver sus dudas, su angustia y su determinación.

—Te lo ruego, Xe'ra, no la lastimes.

La mirada impiadosa de Xe'ra examinó su alma, y después se volvió hacia la mujer que él amaba.

Alleria Brisaveloz. ¿Renunciarás al Vacío y jurarás lealtad a la Luz?

Alleria respondió sin miedo.

—Lucharé hasta que la Legión Ardiente sea polvo.

Responde mi pregunta.

—Recorremos distintos caminos, pero no somos enemigas. Lo he visto. Me uniré al Ejército de la Luz en la última batalla contra la Legión, y juntas haremos caer a los demonios.

No, Alleria. No será así. Permanecerás aquí, encarcelada, hasta que vuelvas a aceptar el camino de la rectitud. No permitiré que corrompas lo que he previsto.

—Haz lo que debas hacer.

Alleria no se resistió, ni siquiera cuando los miembros del Ejército de la Luz se la llevaron para encerrarla en algún lugar del *Xenedar*. Turalyon la observó marcharse. Ella le devolvió la mirada con una sonrisa tranquilizadora.

Lothraxion esperó allí junto a él.

—Regresará. No pierdas la esperanza.

—Aún confío en el propósito de la Luz. Pero... también confío en Alleria. Siempre he confiado. —Miró a Lothraxion—. ¿Eso me hace un necio?

—Si así fuera, los dos somos necios, hermano.

Turalyon se sentó mientras llegaban los sanadores a curarle las heridas. Apenas les prestó atención. Su mente estaba en llamas. Su destino, oculto. No podía ver lo que sucedería.

Pero tenía un lugar donde refugiarse del caos. Un centro de paz.

Sin importar lo que sucediera, siempre confiaría en ella. Siempre lucharía por ella. Y ella haría lo mismo por él. No tenía dudas.

Y eso le traía paz.